

ANDREA LONGARELA

· NEÏRA ·

Ojalá ésta
fuera nuestra
historia
de amor



*Ojalá ésta fuera
nuestra historia
de amor*

Andrea Longarela (Neïra)

Esencia/Planeta

© Andrea Longarela, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Stas Knop y Schab / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21545-5
Depósito legal: B. 17.874-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Lola y la sonrisa más bonita del mundo



Resulta complicado relatar una historia que lleva tanto de ti sin miedo a romperte un poco, o a vaciarte de tal modo que el recuerdo de ella nunca vuelva a ser el mismo.

Mi madre me decía de pequeña que contar un cuento es como entrar en un laberinto. Puedes conocer el final y sólo guiarte hacia él, o puede que sea algo completamente nuevo cada vez y decidir dejarte llevar por tu instinto.

Y mi historia, nuestra historia, funcionó un poco de las dos formas. Conocíamos el final y, aun así, nos dejamos llevar por todo lo demás, casi a ciegas, con una venda invisible sobre los ojos con la que obviamos algunas cosas y fuimos descubriendo otras.

Ni siquiera sé por dónde empezar..., si por un beso, o por uno de esos instantes compartidos que guardo y que visito cada vez que cierro los ojos, o por aquel viaje que hicimos a una playa nevada sin necesidad de levantarnos de la cama.

O quizá por cómo acabó todo.

Puede que lo mejor sea comenzar por el principio; pero no por el oficial, que contábamos a los demás y que se resumía en «él, yo y una cita desastrosa», sino por el otro. El especial. El que hizo que captara mi atención y que él se fijase en mí.

La casualidad. El destino. La magia.

Sí, quizá debería empezar hablando de una sonrisa...

* * *

—¡Lola, despierta! —La voz dulce de Elena me trajo de vuelta a la vida antes de salir de mi dormitorio igual de rápido que había aparecido.

—Mmm..., no. Un poquito más... —me quejé, como si fuera una niña a la que obligan a despertar para ir al colegio.

Su cabeza se asomó una última vez, aunque lo hizo tapándose los ojos verdes con los dedos para no ver más de lo debido.

—Están echando *Dirty Dancing*.

Cerró la puerta y yo suspiré.

Patrick Swayze siempre me había parecido un buen motivo para levantarme de la cama.

Enfoqué la mirada y vi en el despertador que eran casi las cuatro de la tarde. Otro domingo más perdido. En el acto, intenté recordar la noche anterior. Había salido con unos amigos y había llegado a casa cerca de las siete de la mañana, algo borracha y con los zapatos en la mano. Y no lo había hecho sola.

No me gusta confesar que nuestra historia de amor comenzó así, conmigo con el maquillaje corrido y acompañada por un cuerpo que no conocía de más que de unas horas entre sombras y chupitos de vodka. Y, no, no se trataba de él.

No obstante, debo hacerlo, porque los condicionantes estaban en todas partes, incluso en esa cama de dosel blanco y con lo que la llené en aquellos meses anteriores hasta sentirme vacía y algo perdida. Además, siempre he sido de las que piensan que cada paso que damos nos lleva a lo que de verdad nos está destinado, aguardando el momento preciso en el que dejarse ver. Cada error, cada decepción, cada éxito, cada fracaso, cada experiencia conforman los pedaos que nos acercan hacia lo que, al final, marcará nuestra vida.

Me tumbé boca arriba y, con la voz algo ronca, le hablé al cuerpo desnudo con el que había compartido sueño.

—Tienes que irte.

—¿Qué hora es?

—La de marcharte.

—¿Siempre eres así de simpática por las mañanas?

—No. Ésta es mi cara buena. No te aconsejo que esperes a ver la mala.

Él se rio. ¿Cómo se llamaba? ¿Samuel? ¿Sergio? Ni siquiera podía recordarlo. Y lo que es peor, ni siquiera me importaba; sólo quería que se marchara y que me dejase sola.

Se incorporó y me regaló un desnudo de espaldas bastante decente.

—¿Me das tu número?

—Mejor me das tú el tuyo —contesté, mordiéndome el labio, algo incómoda por la situación. Odiaba ese momento.

Volvió a reírse y sacudió la cabeza.

—Debería ofenderme, pero en realidad me gustas, Lola.

Se giró, mientras se abrochaba el pantalón, y me sonrió. Era muy mono, con los ojos azules y el pelo negro revuelto, pero no me transmitió nada más que eso.

Hacía tiempo que nadie me provocaba nada.

Yo le devolví mi mejor sonrisa de niña buena. Pese a ello, no volvería a llamarlo y ambos lo intuíamos.

—Me lo pasé bien ayer —dije en un intento por sentirme un poco mejor y que ese regusto amargo y decepcionante desapareciera.

—Yo también. —Fui a hacer el amago de levantarme para vestirme y acompañarlo a la puerta, pero negó con una mano—. No hace falta. De verdad. Ya sé dónde está la salida.

Me dio un beso en la mejilla como despedida y se marchó, echándose la cazadora sobre un hombro y guiñándome un ojo al salir.

Al final, no me había dado su número.

Respiré aliviada y me dejé caer sobre la cama.

Después observé el mural que adornaba el techo de madera de mi cama, mientras asumía que ya hacía demasiado tiempo que no tenía nada nuevo que escribir en él. Nada. Los días de los últimos meses no eran más que una sucesión de vacíos olvidables.

Y es que, cuando él apareció, yo estaba en una de esas épocas...

La clase de etapa en la que te zambulles cuando lo has dejado con un tío con el que pensabas cumplir mil planes y sueños, y tú crees vengarte de él y de las injusticias del mundo acostándote con todo el que te hace tilín que se te pone por delante. Un período de mi vida en el que no sentir era mucho mejor que volver a hacerlo. Llevaba así ocho meses, para ser exacta, y la lista de noches que acababan igual que aquélla comenzaba a ser considerable. No era algo malo, sólo divertido, pero empezaba a ver más claro de lo que deseaba que aquellas rutinas estaban dejando de servirme, porque una cosa era evitar sentir y otra, vaciarme cada día un poco más hasta quedarme en blanco. Habían pasado de resultarme estimulantes a bastante insípidas.

No sé si mi estado anímico influyó en lo nuestro, quién sabe. Lo que tengo claro es que llegó en el momento indicado, cuando yo casi anhelaba encontrar de nuevo lo que fuese que provocara algo en mí. Y eso es lo que fue, pese a que llegara como una sorpresa de esas que nunca esperas, porque piensas que no son para ti.

No obstante, llegan y te sientes tan especial que sólo te queda disfrutarlas.

Me levanté, me puse una camiseta larga encima de la ropa interior y salí al salón. Al hacerlo, me encontré con Elena clavada frente al televisor con un bol gigante de palomitas y con corazones saliendo de sus ojos. *Dirty Dancing* era su película favorita y ella, mi compañera de piso desde hacía poco más de tres años, pero ya se había convertido en parte de mi familia. La visión de su mirada verde radiante por la emoción del cine, su melena castaña recogida en una coleta y sus pecas, que la hacían parecer tener diez años menos, me resultaba adorable.

—¿Quién era ese culo que me ha recibido al abrir la puerta? —Se sonrojó al decirlo.

—No importa.

—Lo he visto al marcharse. Era guapo.

—Sí, pero sólo era eso. —Ella me entendió a la perfección y no dijo nada—. Además, no era tan guapo como Patrick.

—Nadie lo es.

Me metí un puñado de palomitas en la boca y apoyé la cabeza en su hombro.

Tardé en dormirme cinco minutos, puede que menos.

Cuando me desperté, la película ya había terminado y yo estaba completamente tumbada en el sofá. Elena había desaparecido, la televisión estaba apagada y sólo la luz de la lamparita de la mesilla me iluminaba, pero no me encontraba sola. Otro cuerpo estaba sentado debajo de mis piernas y me las tapaba con una vieja manta de cuadros.

Suspiré reconfortada y me estiré. Estaba muy a gustito.

—Hola...

Bostecé y Tristán me miró con cariño.

—Hola, Lolita. A juzgar por tus ronquidos, la noche fue memorable.

—Te eché de menos. Nadie sigue mi ritmo bebiendo tequila como tú.

—Tenía trabajo.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien. He terminado el proyecto.

Alcé los brazos en señal de victoria y susurré:

—Bieeeeeen...

Él sonrió.

Tristán era mi otro compañero de piso; en realidad, no sólo era eso, sino que su puesto más importante era el de mi mejor amigo. Nos habíamos conocido cinco años atrás y había ocurrido como lo hacen las cosas especiales de la vida: de un modo casual y un tanto tonto. Yo bailaba con unas amigas en una fiesta cuando él, al pasar a mi lado, se tropezó y derramó su copa sobre mi vestido. Sin embargo, pese a su torpeza y lo ridículo de la situación, comenzamos a charlar y enseguida asumimos que había algo invisible que nos unía. Fue fácil; hablamos durante horas e intercambiamos teléfonos y, dos días después, quedamos por primera vez.

No habíamos vuelto a separarnos.

Lo quería con locura. Yo... lo sigo haciendo, pese a todo; puede que cada día de mi vida lo haga un poquito más.

Tristán se dedicaba al diseño gráfico y era muy bueno. Al menos, a mí me lo parecía, aunque teniendo en cuenta mi aptitud para el dibujo, no soy una fuente muy fiable en ese aspecto. Y apreciarlo tanto afectaba a que cualquier opinión que tuviera sobre él no fuera lo que se dice muy objetiva.

Así que podría decirse que no sólo compartíamos casa, sino también la vida.

Moví los deditos de los pies y él me los agarró, acariciándome con mimo.

—¿Qué tal el chico? ¿Ha cumplido?

—Sí.

—¿Vas a volver a verlo?

—No.

—Lola...

Su expresión se volvió más dulce, pero ya sabía lo que venía a continuación. Tristán siempre que me reñía ponía esa cara, como si por mirarme con ternura el golpe fuera a doler menos. Siendo honesta, un poco menos lo hacía. Y aquella noche tocaba la charla de: «Lola, ¿no ves que esto no es para ti?».

—No lo digas. Estoy bien. Sólo estoy en *esa* etapa.

—Una etapa que hace ocho meses que dura.

—Tú vives en *esa* etapa.

Y era verdad. Tristán se pasaba el día follando con desconocidas en rincones oscuros. Nunca repetía ni se acordaba de su nombre al día siguiente. Nunca había conocido a ninguna chica que fuera especial para él. Nunca mostraba afinidad más allá de las sábanas con ninguna. No era quién para decirme nada.

—Ya, pero tú no eres una persona que pueda ser feliz mucho tiempo en ella, Lola.

Suspiré. Era posible que tuviese razón.

En algún momento de mi vida no muy lejano, yo había sido una persona que no creía en las relaciones esporádicas. Las había dis-

frutado, pero se me quedaban muy deprisa vacías e inútiles, porque yo creía en el amor. Era una persona visceral cuando de sentimientos se trataba. Me entregaba, soñaba alto y necesitaba sentir para no perderme. Sólo me había mecido en un paréntesis, como un descanso de mí misma que hacía ya demasiado que duraba. Y, en el fondo, incluso dentro de ese paréntesis de realidad, era consciente de que no había dejado de buscar *eso* a lo que no sabía poner nombre en la compañía de todos aquellos desconocidos.

Aún no lo había encontrado en nadie, aunque estaba muy cerca. Demasiado, pese a que nunca habría imaginado que tanto.

Era 14 de enero y sólo un día después mi vida iba a cambiar para siempre.

Pensándolo así, en frío y desde la distancia, asusta. Y no sé cómo no lo vi venir. Siempre había creído que las cosas grandes se atisban, que es imposible que se escondan por todo lo que abarcan. Sin embargo, no fue así, y aquella mañana, más bien tarde, Elena me despertó y yo me levanté pensando que mi vida iba a seguir igual mucho tiempo, estancada en esa fase cómoda y segura en la que me movía como pez en el agua, aunque en mi interior supiera que no estaba hecha para mí.

Había llegado a ella como consecuencia de las decepciones pasadas, no era una chica especial en ese sentido. Simplemente, ¿qué pasa cuando el amor te enseña sus dos caras? Que huyes, te escondes y te lames las cicatrices hasta que retomas fuerzas y te dejas ver de nuevo. Y yo no sólo había experimentado con Elías la parte de los fuegos artificiales y de las mariposas en el estómago, sino también el dolor y la decepción, y una parte de mí tenía miedo. Nos habíamos querido durante dos años, pero no habíamos sabido gestionarlo; no como los gritos y los reproches, en los cuales habíamos sido dos expertos.

No estaba enamorada de él, ahora creo que nunca llegué a estarlo. Lo nuestro se había acabado como sucede con las cosas que no pueden seguir alargándose y no había vuelto a verlo ni tenía intención de hacerlo. No obstante, al recordarlo, un sentimiento

que odiaba me crecía por dentro, y es que habíamos fracasado, llevándonos, de forma inevitable, el uno una parte del otro por el camino, y no quería seguir perdiéndome a mí misma. Y yo me daba, me entregaba sin reservas; ése había sido siempre mi principal problema.

Además, tras la ruptura, me había reencontrado con la libertad de estar sola, del coqueteo, del no pensar en responsabilidades ni compromisos, porque no los tenía, y en sentir placer y ya. Lo bueno. Lo sano. No creía necesitar nada más.

—¿Y tú sí eres feliz así? —le pregunté, porque seguía sin creer que Tristán fuera sólo lo que dejaba ver al mundo en ese sentido.

El chico introvertido y un tanto rebelde que destilaba oscuridad; aunque a mí nunca me transmitió eso, sólo una dulce tristeza de la que quería curarlo o, de no poder hacerlo, cuidarlo.

—Sabes que sí. Yo sólo valgo para meterla, Lola.

Solté una carcajada y él me acompañó. Me gustaba cuando se reía así, porque lo hacía poco, con risas roncadas que parecían romperse según salían de sus labios.

Mi niño triste, cuánto lo quería.

—Vamos, anda. Voy a hacerte la cena.

—Son las dos de la mañana.

—¿En serio? —pregunté sorprendida y mirando el reloj de la pared sin creérmelo del todo.

—Sí. Llevas todo el día dormida.

Solté un bufido, pensando en las horas en vela que me venían por delante, y me levanté de un salto, ofreciéndole la mano para que me acompañara a la cocina.

—Entonces nos espera una laaaarga noche.

—¿Nos espera? —gruñó.

Yo ni me molesté en contestar.

Pero sí, nos esperaba, porque sabía que, por mucho que se quejara y maldijera entre dientes, aquélla había pasado a convertirse en una de nuestras noches de comida, zumo y charla alrededor de la isla de aquella cocina.

Creo que había pocas cosas que me gustaran más en el mundo que aquello, que sentarme frente a Tristán y escucharlo hablar de la vida, de trabajo, de chicas, de lo que fuera. A mí me encantaba oír su voz, suave y susurrada, como si alzarla le costase, y dejarme mecer por ella hasta que todo parecía ir bien. Tenía ese efecto inmediato en mí.

A veces se nos añadía Elena, aunque solía quedarse medio dormida en su silla, hasta que Tristán la cogía en brazos y la llevaba de vuelta a su cama como a una niña. Incluso la arropaba.

Éramos tres personas que no podíamos ser más diferentes, pero que juntos funcionábamos como un triángulo perfecto; éramos felices.

* * *

Al día siguiente, fui a trabajar sin dormir. No era la primera vez. Tampoco sería la última. Mi vida era un tanto caótica a nivel de horarios, pero me gustaba el poder ir y venir sin entrar en rutinas.

Yo soñaba con ser actriz; bueno, como me decía siempre mi padre, yo ya era actriz, pero, mientras la oportunidad de mi vida llegaba, me ganaba el sueldo como animadora en un hotel y en mi tiempo libre seguía formándome con clases de canto, interpretación e inglés, salía con mis amigos o iba al hospital como voluntaria. Aquella tarde, casi lo necesitaba. Las visitas allí funcionaban tanto como un golpe de realidad como, de manera un tanto incomprensible, una especie de refugio para mí.

Cogí el autobús al salir del hotel, cerca de las cinco, y lo hice con mi maletín de los juegos al hombro. Era de color rojo y estaba recubierto de pegatinas. Un enorme lazo morado adornaba sus asas. Era una horterada y llamaba la atención dondequiera que fuese con él, pero a los niños les encantaba.

Como no había pasado por casa, llevaba el uniforme del hotel, que consistía en un polo naranja con el membrete cosido y unas

mallas azules. Deportivas, el abrigo por encima y una coleta alta. No es que mi ropa importase, pero si hubiera sabido que lo iba a conocer, me habría peinado al menos antes de montarme en aquel autobús.

Subí de un salto; si hubiese tardado un segundo más, se habría marchado sin mí. También lo habría hecho él.

Supongo que el azar funciona así. En un solo instante, o por un desliz, todo tu mundo puede empezar a girar, cambiar de dirección o incluso perderse.

Ya dentro, cogí aire antes de caminar por el pasillo, buscando un asiento libre. A esa hora no solía estar muy concurrido, así que rápidamente atisé uno y me senté, dejándome caer con cansancio, y apoyé el maletín entre mis piernas.

No lo vi. Ni siquiera lo miré.

Cuando lo recuerdo, pienso en las personas interesantes que me habré perdido por el camino, personas sentadas a mi lado en un avión que me hablaron y con las que no quise entablar conversación, personas en la cola del supermercado, personas en la sala de espera de una entrevista de trabajo. Personas invisibles para mí que estuvieron ahí, a mi alcance, y que no llegaron a ser.

Menos mal que el destino nos dio otra oportunidad. No dejó de hacerlo, en realidad, como si, quisiéramos nosotros o no, nos hubiéramos visto obligados a encontrarnos.

Me pasé todo el trayecto susurrando mi función, recordándola, porque últimamente no tenía tiempo para ensayar y me daba miedo quedarme en blanco. Un público es un público, haya pagado una entrada astronómica para verte o sea sólo un bebé de un año, y se merece cierto respeto.

Imagino que debió de pensar que estaba loca, con los ojos cerrados y repitiendo un montón de tonterías en voz baja; sin embargo, no dijo nada. Al menos, no hasta que terminé, como si tuviera miedo de mi reacción si me interrumpía antes de hacerlo.

—Perdona, siento molestarte.

Me giré y, entonces, sí le presté atención. Era un chico joven,

poco mayor que yo. Un chico cualquiera. Un chico más. Un chico normal que, de entrada, no tenía nada de especial.

—Sí, dime.

—Estás pillándome el pantalón. No puedo moverme.

Bajé la vista y me encontré con un trozo de sus vaqueros atrapado entre la barra del asiento delantero y mi pesado maletín.

—Oh. ¡Lo siento!

Lo levanté y eso fue todo. Un «gracias» susurrado por su parte y después sólo vi su cogote, porque había pegado la frente a la ventana, observando la ciudad que parecía moverse a nuestro paso e ignorando a su compañera de asiento que hablaba sola.

Cuando vi las paredes del hospital al final de la calle, me levanté y me moví hasta la puerta. En cuanto se abrió, bajé y eché a andar hacia la entrada, sin mirar atrás.

Subí los seis pisos en el ascensor sintiendo ese cosquilleo que siempre me acompaña antes de una función. Recorrí los pasillos con mi maletín, hasta que llegué a la zona que más odiaba en el mundo por el simple hecho de tener que existir, a la vez que era mi favorita por muchas otras razones.

Es increíble cómo lo bueno y lo malo a veces convergen en un punto, regalándote algo increíble.

Abrí una de las puertas de oncología infantil y todo cambió. El color de las paredes, llenas de ilustraciones y de dibujos hechos por los niños, de árboles que simulaban un bosque encantado, el sonido de las risas y los cuchicheos infantiles, el olor a esperanza, pese a que estuvieran allí por una lucha que nadie merecía tener que vivir; mucho menos ángeles en tierra.

La sala común de juegos que se encontraba al final del pasillo estaba casi vacía, pero, en cuanto dos de ellos me vieron llegar, avisaron a la enfermera y, minutos después, todos los niños de la planta estaban allí; incluso algunos, los más débiles, eran trasladados en sillas de ruedas para que no se perdieran nada. Bastante se perdían ya todos los días.

Y allí estaban una tarde más. Observándome. Con sus rostros

pálidos marcados por la enfermedad. Con sus máscaras, sus cicatrices, sus marcas de pinchazos en los brazos, sus vías, sus cabezas pelonas. Con los ojos brillantes llenos de ilusión, de esa magia que yo sólo he visto en los niños que siguen creyendo cuando ya no tienen en qué hacerlo.

Me cambié rápidamente en los baños, poniéndome mi vestido de retales, las medias de rayas y los zapatones, pero aún me quedaba el toque final. Antes de entrar de nuevo, me coloqué la peluca naranja de media melena y, lo más importante, la nariz roja de payaso.

Cerré los ojos, conté hasta tres, empujé la puerta y sonreí.

Sólo entonces, los abrí y me enfrenté a mi público favorito del mundo entero.

* * *

Sus risas me acompañaron mientras volvía a ponerme mi ropa en los aseos. Eso y la sensación plácida que me dejaba compartir aquello con ellos. Siempre me resultaba una experiencia única e increíble; sus expresiones de sorpresa, de incredulidad cuando los engañaba con alguno de mis trucos, sus carcajadas sinceras.

Antes de salir, leí en el teléfono un mensaje de Elena diciéndome que ella y Tristán me esperaban abajo. Sonreí agradecida y eché a correr por el pasillo mientras les decía adiós a los que aún paseaban por allí y a algunos que se asomaban desde sus habitaciones.

Adoraba a mis amigos por cosas como ésa, entre muchas otras. Y es que, aunque amaba esas visitas, solían dejarme emocionalmente exhausta, y me moría de ganas de pasar unas horas con ellos, tomar unas cervezas y charlar de todo y de nada.

Al llegar a la doble puerta que separaba esa zona del resto del hospital triste y gris, seguía con los ojos clavados en el móvil y no miré, sólo apoyé la mano en la superficie y empujé. Al dar un paso,

choqué con un hombre que entraba igual de rápido que yo en ese mismo momento. Mi móvil salió volando hasta hacer un ruido seco en el suelo.

Puede que mi mundo lo hiciera también.

—Oh, lo siento.

Lo recogió y me lo tendió.

—Perdona, ¿estás bien? Espero que no se haya roto.

Lo comprobé pulsando un par de teclas y suspiré con alivio.

Sólo entonces alcé la mirada y me encontré con la disculpa también en sus ojos. Unos ojos que ya había visto antes, aunque sólo fuese durante un segundo.

Se trataba del chico del autobús y aquélla, de la segunda vez que le pedía perdón.

Observé un brillo de reconocimiento en ellos, aunque nunca llegué a saber si de verdad lo había hecho, si él me había reconocido a mí también como la chica rara del maletín rojo.

No sé por qué, pero fue algo que nunca comentamos. Algo tan nuestro como todo lo demás que se quedó allí, sin desenredar, sin compartir.

Mientras lo miraba, pensé en lo curiosa que es la vida en ocasiones, haciéndote cruzar dos veces con la misma persona en una misma tarde. Una persona que nunca antes habías visto. Casi como si te lanzase a sus brazos.

Me gusta pensar que fue eso lo que ocurrió; me parece demasiado bonito como para no hacerlo.

—Sí, ha sido culpa mía. No miro por dónde voy.

Le mostré el teléfono y me disculpé yo también con la mirada, sonriendo.

Él me devolvió la sonrisa.

Era bonita. Mucho. Una sonrisa de esas que miras si te la cruzas por la calle, aunque no vaya destinada a ti. De las que no puedes evitar devolver a tu vez, más intensamente. Una sonrisa que brillaba, que hablaba, que despertaba.

No me moví. Y no sé por qué. Quizá por la sorpresa. Quizá por-

que pensé en esas señales en las que me gustaba creer, aunque nunca se cumplieran. Quizá porque esperaba algo más, pese a que no supiera el qué.

No lo sé, pero no lo hice. Sólo me quedé quieta, frente a él, y ése fue el comienzo de todo.

Un chico. Una chica. Un choque. Tres vueltas de campana.

El instante exacto de mi vida que me indicaba que algo estaba a punto de cambiar. Aunque no lo vimos. Supongo que sólo lo sentimos.

A veces sucede, ves a alguien y sabes que tiene algo. Llamémoslo equis. O encanto. O duende. Y te quedas clavada, disfrutando del momento y de las sensaciones que te evoca, estudiando sus ojos, entre grises y verdes, un color extraño que en el acto te parece un poco único, y su expresión divertida, porque sabe que lo estás haciendo, que estás pensando que tiene ese *algo* que ha captado tu atención, hasta hacerte olvidar que te encuentras en la zona infantil de oncología de un hospital cubriéndole el paso y que tus amigos te esperan abajo.

—¿Me dejas pasar, por favor?

—Oh, claro.

Reaccioné, aunque fuese tarde, y bajé la vista hasta fijarla en mis zapatos.

Me aparté de su camino y me marché de allí, sintiéndome estúpida, pero, inexplicablemente, sintiendo también aún su sonrisa en mi espalda, siguiéndome, acompañándome.

* * *

En cuanto salí, los vi.

Elena parloteaba alrededor de Tristán, que fumaba en silencio, con un pie apoyado en la pared y con su mejor pose de rebelde sin causa, aunque conmigo, por muy estudiada que fuese, nunca obtuvo el resultado esperado; a mí siempre me pareció más un niño perdido.

Ella llevaba un vestido de cuadros estilo años sesenta y una cinta a juego en la cabeza. Parecía una muñeca. Él, un matón de colegio; con sus pantalones negros rotos, jersey de lana gris y su pelo, ya un poco largo, tapándole el rostro.

Cuando llegué a su lado, se lo retiré hacia atrás con los dedos.

—¿A qué se debe tanta emoción?

—¡Adivínalo! —me animó ella inquieta.

Lo supe enseguida, sólo por verle los ojos. Detrás, Tristán ponía los suyos en blanco demostrándome su disconformidad. Cuando se trataba de Elena, nunca le parecía nada bien. Era como si quisiera protegerla de un modo irracional, como si la viese de cristal y cualquier acercamiento con un hombre fuese a dañarla sin poder evitarlo. Como si se tratase de una niña y no de una chica de veintiséis años que podía resultar ser más fuerte que nosotros dos juntos.

—Te lo ha pedido.

—¡Sí!

Elena se puso a saltar y a dar grititos y yo la acompañé, porque llevaba meses detrás de un compañero del colegio en el que trabajaba y, por fin, él había dado el paso y la había invitado a cenar. Tristán opinaba que no iba a funcionar, y solía tener muy buena intuición para esas cosas, pero preferíamos ignorarlo y ser felices por un rato antes de asumir que el amor apesta casi siempre, más teniendo en cuenta la nefasta vida amorosa que arrastrábamos los tres.

—¿Y tu cara de «tierra, trágame»? —me preguntó él divertido; siempre fue único leyéndome—. ¿A qué se debe?

—¿Cómo lo sabes?

—¿Qué has hecho esta vez, Lolita? —insistió.

Yo suspiré y me mordí el labio. También pensé en el rostro de aquel desconocido con el que me había encontrado dos veces. Un chico normal, un chico como cualquier otro, un chico que sólo me había sonreído, pero que me había hecho volver a colgarme las alas en la espalda y volar unos segundos sin levantar los pies del suelo, aunque sólo fuese en mi cabeza.

Hacía tanto que nadie provocaba nada en mí que eso había sido suficiente.

Después sonreí y me enganché del brazo de mis amigos.

—Nada. Cruzarme con el chico con la sonrisa más bonita del mundo.

Era 15 de enero, el día en que mi vida cambió.